

La noche de Cristo

Escribe: PEDRO ACOSTA BORRERO

En un martes a alguien se le ocurrió comenzar a numerar los cadáveres. Durante los días anteriores, hombres innumerables se desplomaron con los labios mordidos y esa escena abundó en calles por las cuales anegaban restos malolientes de agua salada que manaban las calzadas pétreas. Luego los moribundos se retorcieron en esos charcos que fueron arremolinándose y multiplicando hasta formar torrentes que arrastraron los pedazos de papel con la numeración de los cuerpos.

Pero antes de la inundación las paredes blancas de las casas nobles se salpicaban con los arañazos del óxido, a los cuales principiaron a agregarse vetas de las aguas en ascenso. La ciudad y sus fuertes fueron sumiéndose así bajo un ronquido licuado que rizaba las ondas del vapor, sin que, ni en ese martes, ni en las semanas que lo antecedieron, nadie, —absolutamente nadie— pudiera reparar en lo único que desfogaba su vitalidad: los residuos marinos y las ratas que retozaban sus tamaños y gorduras de gatos entre las muertes repetidas de hombres que estaban por cumplir sus veintitrés años. Ni una sola mujer falleció en aquellos meses con días fugados de los almanaques, toda su memoria desleída por el espeso aumento de las aguas.

Esta sequía de insolaciones había borrado el recuerdo del último chubasco que salpicara las murallas con encandilantes brillos de fresco. Las olas reventaban su tosudez contra los empinados muros de piedra y argamasa y, vencidas, refluían a la corriente encajada de espumas para retomar su fuerza e insistir en su trastazo contra el precinto, al cual no lograban traspasar. Pero en el interior de la ciudad almenada, se multiplicaban, con cada minuto, manantiales de torrentes salados que (casi seguramente tras del octavo día) se convirtieron en la inundación. Las aguas subieron con un silencio que luego desapareció, gorgoteando el re-verberar del calor y la sed por las calles tortuosas y estrechas... Por donde quiera que se angustiaban miradas y, aún más allá, por doquier pudiera adivinarse que su nivel trazaría el ascenso con un rumor molondro. Por los recovecos de las calles donde fisgoneaban ventanas con sus cerrojos compactamente ajustados, y hasta los soportes de los balcones a los cuales lamió sus colores con unos crujidos que parecían lamentar esos sucesos. En seguida les cubrió los pasamanos con un tono cetrino donde,

—¡también!— olía a las excrecencias del mar. Así penetró el agua a la plaza fuerte como si respondiera a una tarea metódica dictada por el pertinaz cañoneo de los galeones que la sitiaban. Justo al amanecer sus artillerías arremetían y asentaban la humedad que se filtró primero por las hendidias entre piedra y piedra y abrió grietas a sus rugosidades selladas y luego se corporizó en hilillos verduzcos que, casi de súbito, alegraron a muchos porque eran parte de un milagro.

Consolaba mirarlos. Y sin embargo al salobre de su espesor se cargó un empalagosamiento adherido al paladar cuando no quedó una gota de agua dulce.

La rogativa que se propuso hasta la catedral ni se intentó siquiera después de la noche en que se escuchó cómo las ratas chapoteaban en los charcos, y, tras esto, nadie reconcilió el sueño. A lo sumo se despabilaba la angustia acumulada cuando el fraile portero del convento aislado en el Castillo de San Fernando, agarraba, convulso por ira desesperada, las cuerdas de la campana mayor y azotaba al silencio de los insomnios. El llamado a la misa del amanecer sonaba a rebato reviviendo olas que crispaban su rumor despercudido, ensordecedor, eco de la furia recién despierta del mar con su eco en su propio eco, retumbando resonancias de los ecos, —tercamente más próximos— del cañoneo de la flota enemiga.

Todavía entonces podía escucharse, pegado a los talones, el chapoteo de las ratas en los charcos que no cesaban de proliferar. Fuera de las murallas los niños negros se resignaban a no elevar sus cometas y se unían a la plegaria en coro *María Toribia*

María Cabeza...

Pero, ¿en cuál mediodía exacto el sol restalló tan inclemente que las caras, —absolutamente todos esos gestos demacrados, blancas caras soberbias, negras sumisas, cimarronas reticentes, las del desleído rosicler de los pequeños y las fruncidades de los mayores, o las saturadas por la sonrisa conforme de la senectud— sin excepción posible, fueron forzadas a girar sobre el hombro derecho para protegerse del reluctante brillo, del sol que desterraba cualquier sombra, hirviente al amanecer, hirviente en la mañana, hirviente al mediodía, hirviente en la tarde, hirviente al atardecer, de ese sol que excluía a las lluvias?... ¿En cuál mediodía exacto,

María Toribia

María Cabeza,

en cuál medio día exacto fue aquello?

Del nombre de ese mediodía no queda memoria.

En la tarde nadie quiso abandonar los corredores de sus casas y se alelaron mirando el fluír de las aguas por las rendijas. Se dieron cuenta que corrían con burbujas de espumas negras y espesas, las cuales, de improviso, los convenció de que la plaga de ratas se regodeaba contra las puertas y sacudía sus pelambres en los torrentes que, también a partir de esa tarde, bramaron broncos por las calles en vericuelo.

El agua adquiriría el repelente color ceniciento de las ratas.

Pero aún estas no habían podido colarse en las casas.

Al anochecer se corrió el bando y una sed paulatina obligó a que no pudiera olvidarse que se carecería en adelante de la más mínima gota de agua dulce.

No se tocó corneta porque la sed lo impedía. El redoble del tambor fue flácido pese a que el cuero se arrugaba, —igualmente sediento— y, así, esa ceremonia tuvo algo excitante mezclado a algo de alivio. Al fin de cada cuadra el alguacil Carrillo estaba impedido de bastonear las calzadas bajo las aguas y comenzó a golpear las paredes con una ira que le fue creciendo, quizá por comprobar la impotencia que le infundía la imposibilidad de aquel gesto símbolo de su mando. Luego bastoneó las puertas, una tras otra, una tras otra... luego las ventanas, una tras otra, tres ventanas y una puerta, una puerta tres ventanas, oyéndose cómo luchaba por avanzar contra el agua que le llegaba a las rodillas, oyéndose cómo bastoneaba ya al aire, quizá tratando de sacudirse las ratas que le saltaban al cuello... *María Toribia*... luego todos comprendieron que el alguacil Carrillo había quedado solitario echando el bando y que ya su ayudante no podría leerlo, que, quizá, se había perdido entre las aguas, y que, quizá, estaba desleída su escritura conminando a que si alguien conservaba una pizca de agua dulce debería entregarla a un depósito común... *María Toribia—María Cabeza*... y fue cuando comenzaron a rezar tras de persignarse rascándose frentes pegajosas por el sudor débil que deja la sed... *María Toribia—María Cabeza*... fuera de las murallas los niños negros escudriñaban las sombras de *Brazo-Iguana* como si ansiaran recuperar el poder de invocar la protección de dioses que ya hasta sus padres habían olvidado. *María Toribia*,

María Cabeza, y cuando alguien se dio cuenta de que era inútil proveer una lumbre para la imagen del santo, cara negra, alas blancas, raído hábito marrón, entonces, —sí— entonces, el alguacil se detuvo ante su casa con el blasón de los Carrillo Olmedo, y pensó que lo mejor sería echar un segundo bando. No importaba el agotamiento del agua dulce, no importaba la inundación salada, los miasmas doblegando a la plaza fuerte, no importaba la pérdida de su bastón, ni nada le era esencial ahora que una sombra caía sobre él mismo, como si la fiebre diera comienzo donde sintió el primer raponazo de los dientes de las ratas. Tuvo deseos de gritar, tuvo desesperos de preguntar por Niña Rosalía y, velada por la sombra que caía sobre él, adivinó la visión de aquella mirada dulce y soberbia que, en la primera vez, le dijo su indiferencia y su interés... un segundo bando... y comprendió que le sería imposible volver a ver cómo era todo a su alrededor y tal certeza fue lo último que su cerebro le permitió.

Pero nadie supo jamás por qué, muchas horas después de que el alguacil Carrillo se mordiera los labios, —como si fuera uno cualquiera de aquellos hombres que expiraron cuando estaban próximos a cumplir sus veintitrés años— por qué cuando las horas pasaron con sus ratas y sus aguas colándose en las casas, hasta llegar la madrugada, por qué comenzó a es-

cucharse el segundo bando. Todo aquel que conserve cal debe proveerla a un depósito común para pintar con cal caliente blanca lo que superviva y para que así las ratas tengan que morir...

Nadie oyó el segundo bando, pero todos sabían de ese segundo bando.

*María Toribia,
María Cabeza,
dile a tu Isidro
nos favorezca.*

Justo en ese instante se reinició el cañoneo de los galeones enemigos.

Las paredes crujieron escupiendo su cal en granos diminutos que formaron arrumacos con el polvillo que pugnaba por meterse en los ojos desorbitados por la vigilia.

El cañoneo se intensificó sin cesar. Cerca a cualquier otro mediodía rondó por los vericuetos inundados un chapoteo diferente y todos fueron comprendiendo que alguien iba con una vara tanteando el fondo en busca de cuerpos. Media hora después, mezclada al retumbar de la artillería, se le escuchó la voz con un metal en el cual la ira reprochaba a los disparos, dándole dentelladas a la voz siempre que los pies sumergidos tropezaban un cuerpo más, y, casi sin solución de continuidad, arreciaron hasta lo increíblemente sorprendente los gritos, empatando *diez-treinti-cinco-cuarentidós*. Por las calles en vericuelo se escuchaba, asimismo, el retorcerse del agua cuando su estancamiento era desplazado por aquella exploración que iba pregonando su contabilidad. *cincuentiséis-setentinueve...* y, tras la primera hora, la voz se enronqueció pero con una inflexión única lacrada por la palidez que los escalofríos demudaban en las ojeras de ese hombre. Aquella noche fue mucho más imposible el sueño.

Al amanecer se posó un silencio que remató al grito trescientosdieciséis... Hubo un tan largo reposo cansado que al fraile le dolió desatar el frenético arretrato de sus campanas, y, quizá al instantáneo segundo siguiente, regresó el chapoteo de las ratas cuando la numeración cantada alcanzaba trescientosveintitrés.

Deseaban abrir las puertas bloqueadas por la inundación y preguntar qué era eso nuevo, pero siguieron en los corredores con la vista fija en las aguas que estaban arrinconándolos.

Niña Rosalía tuvo la certeza de que era imposible el llanto y, con el gesto con que siempre disimuló sus fastidios, se templó las mejillas para extremar lo escueto del estirarse de las arrugas del insomnio, y se dijo con simpleza: *Hoy ya no es martes*.

La fiebre la surtió de una abulia que puso a flotar la pesadilla de un velorio sobre las corrientes del agua con espesas burbujas negras que inundaban el corredor vecino. Y con esto su certeza fue absoluta: *Hoy ya no es martes*.

Por las calles alguien debió empinarse para numerar las paredes, tratando de que las aguas no alcanzaran esa altura para borrar las cifras que fue trazando con una tintura que, nadie tampoco, pudo comprender nunca cómo se preparó.

Casi al extremo de las murallas, donde los hornabeques asfixiaban vi-
gías apabullados, se cortó la numeración en un desarticulado ochocientos-
se...tiocho, y por esto nadie pudo saber cuántos fueron los muertos exac-
tos, ni, muchísimo menos, los nombres de los días que siguieron a aquel en
que comenzó el riguroso conteo a gritos.

Pero de improviso, cuando el galeón insignia de la flota del sitio puso
proa hacia el mar adentro, Niña Rosalía llegó al absoluto convencimiento
y alargó su nuca tras acariciarse el vientre. Tuvo que respirar profundo,
sofocando el máximo esfuerzo de su vida para simular indiferencia, y se
repitió con una voz sin matiz:

—Hoy ya no es martes.

Luego trató de exprimirse los cantos de su camisola empapados con
los miasmas de la inundación y llamó a un sirviente que no le respondió.

Desde un rincón silencioso alguien la previno:

—Afuera hace un calor de candela.

A la primera punzada la vista se le nubló con lampos bermejos que
la atolondraron. Exploró la habitación, pese a esa somnolencia abroquelada
por el silencio que regresó con una solidez que le corroboró su soledad,
justo cuando, inmóvil por la inundación, se sorprendió recordando a Va-
leria Trinidad. Aquella no era su voz, pero estaba cumplido el designio:
Será tu desgracia. El silencio aumentó con el mediodía y solo las prime-
ras horas de la tarde se inquietaron con voceríos de las marinerías cuyo
tropel retornaba al confín de la bahía acortinada tras un tórrido bochorno
de doblegante modorra. A intervalos resonaban gritos broncos o se estre-
mecían balbucientes clamores que confundían retos con reclamos en un
diapasón desvanecido hacia las invocaciones *díle a tu Isidro*, espaciadas o
truncas, pero fijando en el ahuecado ritmo del viento una tonalidad de
bajo, acompasada al estribillo del tamborileo... *díle a tu Isidro nos fa-
vorezca*... y, por ello, temió que los negros confabularan su alzamiento,
limitándose a mirarse entre sí o cortando con murmullos el silencio con
que, al caer la noche y luego en la madrugada, se transmitirían secretos
para envenenar las aguas que no cesaban en subir, ululando, casi zum-
bantes por los torbellinos de cada esquina donde el sopor, el enervante so-
foco, hervía abrasante como el residuo de vida que se exasperaba, copulaba,
multiplicaba sin pausa la infinita proliferación de las ratas. El día que
no era martes también había terminado. Ya sin ni siquiera saber si aún so-
braba un pedazo de mundo, Niña Rosalía comprendió que quedaba eximida
de llorar su duelo por el alguacil Carrillo cuyas palabras sí recobraba en
esta intemperaneidad que le articulaba sus modulaciones o se las quebraba
para transferirla por los ecos, en una y aquella de las esquinas sembradas

por los torbellinos de los miasmas, tercas al pregonar su autoridad en esa noche que, —quizá tampoco— era noche. Fue cuando sintió el calor con su sinuoso letargo.

Ahora era nuevamente la noche y en su frente le palidecía el cutis que fuera de un blanco alabastrino sin los puntilleos amoratados de las venas, y tan lenta transmutación de su color terminó por dolerle en los pies entumecidos. Se le esparció lentamente tan extraña sensación que amenazaba adormecerla con los restos del otro canto que le llegaba como el retazo del postrer reproche *la señora chiquita, dice que me va a vendé*, y entonces, en este preciso instante de la noche que clausuraba el día que no era martes, el calor se le licuó en perlas que le obstruyeron los poros con granos que le taponaron la tersura del rostro, y se dolió por la certeza de los muchos años que la habían transformado de *la señora chiquita* en esta Niña Rosalía, que ahora no era más la *Rochi-niña-blanca* de finos labios y ojos garzos chispeantes, la *Rochi-véte-a dormir que por ahí el pregón anuncia por María-Santísima-sin pecado-concebida las nueve-que ya Luzbel con su corte roncha*, la *Rosi-ojos-de-gema*, la *Rosalía-mi-divinidad*, la *Rosalía-mi-cepo*, la *de tus labios mi tormento*, la *Rosalía por siempre te lo juro...* la *señora chiquita* linda moza de manos pequeñas y afilados dedos aperlados, *dice que me vá a vendé...* porque, en fin, en este momento sin el halo del tiempo, —derrumbarse al linde de la eternidad— le parecía que al recuerdo de sus años idos lo acompañaban voces resucitadas, las primeras apenas presentidas por la cosquilleante caricia del vaho en sus mejillas, y las que cambiaron ese vaho por el mimo y le inquietaron su inocencia, y las demás, las cálidas y ya apasionadas, las que la turbaron en una tarde de otro martes con la desazón del sol que brillaba al aire picante y ensortijado en el mar, cuyos rugidos le subieron hasta los sentidos desmantelándole el instinto... preguntó y su corazón latió extrañamente afiebrándole el respiro... *¡Simón Galarch!*... lo vio cruzar la playa, revueltos los encajes del cuello— como si se anticiparan a repeler el toque a zafarrancho de ahora redoblante en los galeones del bloqueo— y arrebatados por el sacudimiento del pecho, *¡Simón Gallarch!*, hasta que encabritó su caballo resistido a cocear las olas, encrespadas, enhiestas contra el cálido aire en celo, las olas que le bañaron el rostro de espumas en el instante en que una cometa se elevaba. *¡Luzbel con su corte!*, ansioso en las carnes de los labios que canturreaban en sordina *la señora chiquita dice que me vá a vendé*, cuando, acucillados en ronda, los negros acorazaban su silencio y la miraban, entonando el coro que sería diferente, y antes del golpe único de tantos pies desnudos contra las arenas de las playas, para que Valeria Trinidad pudiera conminarla desde la certeza de sus ojos con iris en claro: SERA TU DESGRACIA... *maría toribia, maría cabeza...* y cuando la malaventura dio su comienzo hasta este día que dejó de ser martes porque de súbito la vencía la sensación de que su traje había perdido el talle. Por todo lo anterior lo admitió: una calentura escalofriada la constreñía con la densidad salobre expandida por el ambiente, como si los objetos, sin ninguna excepción, —incluyendo a quienes creían vivir porque la carne se la cocinaba esta fiebre extensa— tuvieran que estancarse entre el nivel de la inundación y los techos que no cesaban en desgranular su cal. Justo el minuto para repetirse una caricia lenta al vientre y preguntar quién le había hablado.

A la respuesta del silencio siguió el acoso de los ahogos, inquieta porque las aguas le daban a la cintura. Remiró su vientre y no le importó que un frío de calambres comenzara a morderle las pantorrillas y a estrujarle los muslos, con un relajarse que le llegaba a sus propias entrañas.

Cayó a un dormitar que pasó a sueño largo y sin sobresaltos que solo la sacudieron al despertar en un día que estaba muy distante de aquel que no fue martes. Regresó su miedo con estertores que le desbordaban la respiración. En un *in promptu* comprendió que había dejado de estar sola y pudo comprobar que las aguas cedían dejando por las paredes las manchas de sus huellas y, de uno a otro patio, con palmeras de raíces roídas por los miasmas, un olor extraño a rastros de sal y óxido y la hostigante persistencia de la podredumbre de las ratas. Sor *Inmaculada*, se atrevió a llamar quedamente. Desde lo lejos, venía lo último de aquel coro implorando *María Toribia, María Cabeza*, y, tomando fuerza, pese a que los párpados le pesaban como parte del cansancio increíble en los brazos, insistió aferrada ya a su certeza: *Sor Inmaculada...* Tras palpar su compañía balbuceó un interrogado *¿serán los dolores?*, aunque no le quedaba una pizca de saliva en el paladar impregnado con ese salobre que la copaba, sintiendo deseos de estornudar, arrancándose el sudor que le aventajaba la piel, atosigada, ansias de toser recio para exorcizar con su náusea el conjuro de su palidez. Pero el calor rendía también a esa otra persona y la vio cómo le entrecerraba la mirada, tatuándole ojeras cuyas colas negras alcanzaban hasta el alelamiento de las mejillas. Repitió su pregunta y, por primera vez en tantos días cuyos nombres nadie sabría en adelante, tuvo respuesta. Sor Superiora le acarició las sienes y se lo confirmó con un lento asentimiento que, sin embargo, no dejó lugar a una sonrisa para animarla. En seguida comenzó a quitarse la toca, con una parsimonia que parecía confirmar el ritual de las emergencias, y se dolió: *En ninguna de estas semanas fue posible almidonarla*. Con un gesto triste terminó de desprendérsela de los cabellos que libertaron sus ondulaciones mediocubriendo una cara de inusitada dulzura sin mácula y Niña Rosalía se sorprendió con esa visión de rutilante e imprevista hermosura no exenta de anhelos. La vida volvía.

Así pues hubo que dar un nombre a este día de la resurrección. Martes para entrelazar una continuidad donde hasta la nada quedó trunca. Sor Superiora lo aceptó, le confirmó que los dolores la ahogarían y le preguntó a donde habrían arrastrado las aguas un anafe cualquiera. Niña Rosalía comprendió que repetía su pregunta y desencajó una sonrisa agregando *apenas comienzan las punzadas* con una expresión de momentánea decisión y la Superiora no pudo reprimir un gesto en el cual denunciaba cómo le pesaba su hábito negro con cada una de las tramas del paño impregnadas por los miasmas de la inundación. Aún se resistían en el suelo rastros de humedad, revueltos a rípios de ropas que tarasquearon las ratas, desperdicios confundidos a pellejos que se escaparon a los roedores cuando estos, también, sucumbieron ahitos por la peste que contagiaron. Sor *Inmaculada* puso a arder unas ramas de sen pero aquel olor no huía. La voz de Niña Rosalía tornó a una descarnada aspereza y la Superiora cortó con un *es la voluntad divina*, rematado por carraspeos que le debilitaron la inesperada rudeza del tono. Niña Rosalía complementó: *Está de Dios*.

El nivel de las aguas desapareció entonces de súbito. Las baldosas de los aposentos principales lo sorbieron con avidez sedienta que saturó los zaguanes, pero que no alcanzó a las piedras del corredor que encerraba el patio interior distorsionándole el sopor. Ratificación de una sequía cuya calcinante terquedad precipitaría el acosado tejer de abanicos y el desgajar de jugosos copos de acacias para mitigar las alucinaciones del calor... Los abanicos de palmiche floreaban una fragancia de rescoldo que, muy pronto, apretó aquel olor extraño, tumefacto, que escaldaba las mentes calenturientas con el recuerdo de las ratas y de los números truncos dibujados por las paredes como testimonio de la contabilidad en suspenso de las muertes.

La artillería enemiga sacudía al cordón amurallado y metió su redoblante repitiendo andanadas, ya ahogando los toques de cornetas y tambores, un cerrado bombardeo cuyas ondas desvencijaron el lecho de Niña Rosalía. La Superiora la ayudó a incorporarse, pero las dos mujeres se miraron para acordarse salir al patio-pleno del rumor intruso *tan-tan, zaranga musinga* heraldo del alzamiento de los cimarrones. Niña Rosalía sorprendió los gestos extenuados de la Superiora, ahora recatada su cabellera y la iridiscente frescura de su cara bajo la toca sin almidonar, y le vio sus formas sometidas al hispido apabulle de los sudados hábitos negros. Intentó persignarse y Niña Rosalía quiso imitarla pero se lo impidieron la basca, e, inmediatamente, las punzadas y el revolverse todo su cuerpo, sus entrañas ardientes, el no poder extender sus dedos para calmarse los senos en creciente, ni la precipitación de convulsiones y desgarraduras.

El calor angustiaba en ese arrebol del crepúsculo en que comenzaba a irse el cuarto día de esta vida recobrada. Transmitió la fuerza hechizada de los hostigantes tambores como si, al llamarse-confundirse-acoplarse-proliferar, cerraran la cadena de sus mensajes para agregarle al bloqueo de las murallas este nuevo sitio. *Dahomey, Jusuf que rechazas el nombre de Jesús, palenques, mandingas, ESPIRITUS DEL DIABLO, la señora chiquita dice que me váa- vendé...* *zaranga-musinga*, el almizcle revuelto al recuerdo del hedor de las ratas y al rezago de las muertes, trozos de pellejos que no tarasquearon los roedores saciados, ripios de vestidos enlodados, empapados, desflecados por el picotear de los gallinazos que allí aleteaban ensombreciendo el patio al socaire.

Por fin la Superiora pudo persignarse y Niña Rosalía le alcanzó a captar una maldición inconclusa... *esta pestilencia viene porque no se puede cavar otra fosa entre el ataque de los herejes...* y descubrió que la encaraba Valeria Trinidad, aparición entre la astillada niebla de su conciencia girando a la seguridad de que llegaba a reclamarle la confirmación de su conjuro con cortas palabras desde el más hosco envés de su ensimismamiento: YA ES TU MAL. La Superiora la había eludido mientras se ratificaba el conjuro, aunque con un modular más blando que alargó la sentencia: *Tu desgracia...* *mi señora chiquita*, y no oyó más, mientras que la Superiora se asía a su crucifijo rogando una coraza ante el maleficio.

—Locumíes o Lucumíes todos quieren su mazafiola, sentenció Valeria Trinidad segura de que ya solo la escuchaba la Superiora y chupó con hambre su calilla tal como si quisiera comerse la candela que avivaba con la lengua.

—*Exorcizo te inmundissime...* intentó la Superiora rescatando algo de sus fuerzas, y, sin embargo, la azoró el recuerdo de Valeria Trinidad, niña ciega que recogía los nísperos, y a ese recuerdo se sumó el del Padre Sariesta repitiendo desde la imponente de su púlpito adosado: *Este negro vendemos con todas sus tachas malas o buenas: alma en boca, costal de huesos...* Otra vez el calor templado barriendo la memoria y aturdiéndola ante Valeria Trinidad que comenzaba a caminar con pasos demasiados seguros para su ceguera. Señaló la única tinaja mediollena de agua que se conservaba en la casa y esta produjo un gorgotear de extraños silbidos que confundieron a la Superiora. Fue lo mismo que si el tiempo arañara sus hálitos —la salobre cortina que embuda el calor— la modorra de los gajos de tamarindo —calderas enervantes avivadas por piedras rotundas de las arcadas al socaire, la asfixia de sus pilares que desfloran poros que hormiguean la piedra— el vaho inextinguible que empapa hasta el deseo de que regrese la brisa —pedruzcos retorcidos por una sed que aleteaba, exasperaba y desollaba— ahora con el ansia de descascarar a mordiscos un mamoncillo, chuparle sus blanduras de molusco —un calor inmemorial que imperó desde mucho más allá de donde ella, Niña Rosalía, quedaba sumida bajo la aridez de su sueño. Así no escuchó el alarido del recién nacido, esta tan imprevista nueva voz que se alzó empavorecida, arrancándole a la Superiora un *¡Dios mío!* que se taponó con manos empuñadas que le fruncieron los labios. Sor Inmaculada corrió al lado de Niña Rosalía quien engarraba sus uñas al muro como si fuera a estallar en llanto, un alivio que no fue porque la vasija se desastillaba, rota su arcilla por el continuado llanto trepanante de su hijo. *¿Y cuál será su nombre?*, preguntó atribulada la Superiora. *¡Simón!*, dijo Valeria Trinidad. Niña Rosalía se aferró a un instante de lucidez y lo rechazó: *No. Será estigma...* Valeria Trinidad se acucilló en un rincón del patio y se sumió en su tabaco con la candela dentro de su boca chupada. *Simón...* *Simón*, repetía cuando desde fuera se escucharon los ecos de un galope y una marcha.

Valeria Trinidad fue la primera en advertirlos con una nitidez que creció a medida que regustaba chupadas. Sus brazos, con la curtida piel negra filosa y adherida a una osamenta que marcaba sus armaduras en los pliegues de la bata que barría las piedras, —ya casi sin rastros de humedad— cayeron en círculo para entrelazar las manos a la altura del estómago. Arrugas que esparcían las cenizas de sus prietos cabellos al través de una cara demasiado ovalada, la ñata nariz que ahogaba el timbre de la voz y la bamba apretando el rojo encendido de su sangre para ahuecar el firme sostén a la calilla. La abstraída seguridad de su ceguera se compactó en el obsesionado vítreo opaco de sus iris apagados y esto le irradió el cuerpo, forzándola a agacharse justo al pie de la hamaca en que Niña Rosalía balanceaba los hastíos de sus dolores. Cada vaivén acompañado por el llanto del recién nacido, estela del desgarramiento que la Superiora intentaba aplacarle con parches de caraña que ninguna de las tres pudo saber cómo aparecieron por aquellos rincones después de la inundación que arrastró telas del baldaquín, y las retorció con fantasmales caprichos que las anudaron a calandrajos, o las pusieron a flote cubriendo los pequeños taburetes con espaldares de cuero. En un fugaz momento fuera de sus afanes, la Superiora precisó que había encontrado una mesa

acuñada contra una puerta, y, sostenido del borde de una gaveta en perpendicular, el hierro con la marca de los Carrillo Olmedo, sus cantos afilados conformando el tosco monograma CO, letras sin perfiles, signos abroquelados, el óxido borrando la separación entre ellas, de manera que C y O estaban por confundir las curvas de sus remates en el propio cuadrado que las encerraba. Desató una oración tartamudeada para conjurar el deseo que se adivinó porque aquel hierro recobrase su incandescencia de chamusquina, e, inclusive, la azotó la imagen del tatuaje CO en las espaldas de Valeria Trinidad. Pero aquello fue borrado por la obesidad del Padre Sariesta, su imponente displicencia con que pausaba lentas sobremesas: *Este negro vendemos con todas sus tachas malas o buenas... EXORCIZO TE INMUNDISSIME... EXORCIZO TE INMUNDISSIME...* dando las espaldas a Valeria Trinidad cuyas facciones retrataban una extraña palidez a medida que parecía confundirse con la calilla embudada entre sus mejillas, tan ahuecadas que triangulaban el óvalo de su cara. Ahora Valeria Trinidad hablaba desde el más allá de su clarividente soledad espaciando imprevistas eses canturreadas *Valeria amamantó a su señora chiquita*.

Niña Rosalía,

Valeria Trinidad, nodriza de su ama.

La Superiora le reclamó con imprevista firmeza:

—Olvidó su papel de comadrona.

Valeria Trinidad le respondió con su fija mirada en blanco, y, en seguida, canturreó *Simón, Simón, Simón*, llevándose las manos a las sienes cubiertas por un sudor delgado que, al impregnarle cada gesto suyo, anticipaba la lividez que algún día tendría que segarle sus predicciones, y ella y la Superiora adivinaron que estaban pendientes una de la otra, pese a que Sor Inmaculada no se atrevía a encararla. Valeria Trinidad le enrostraba su proximidad, —flaqueza enhuesada— labios agrietados por la succión al tabaco del sortilegio y dedos de piel arrugada, pero, (al tiempo), extendida de falange a falange— con un murmullo agorero que atemorizó a la Superiora poniéndola a olisquear las emanaciones de los calderos del Diablo. El Padre Sariesta no envejecería jamás porque sus tersas manos sonrosadas debían refregar el crucifijo en el evasivo rostro exangüe de los relapsos, lamido por las crepitantes roscas de las llamas. *Simón, Simón, Simón*, repetía Valeria, el éxtasis difuminándole su magra figura ya desleída pero, por paradoja, avivada en su ceguera que parecía apriisionarla con aquel llamado... y otro *Simón*, pronunciado con extrema firmeza, acompañó el recuerdo del brujo Jusuf Jusulú, *danzarín del diablo-cura carate* reventando los lazos que le maniataban al madero, sostenido en el montículo, justo en el momento en que la hoguera desahogaba otro olor extraño apaciguado en seguida por la lluvia que entonces se desgajó. ¡*Dahomey!*!, exclamó alguien en un alarido que irguió al Padre Sariesta con su oronda solemnidad inyectada en la mirada. ¡*Ahora te purificarás con el nombre de Jesús!*!, exclamó aspeando los brazos con mangas de finos bordados que se mantenían impolutos en el centro del fuego, y esa sentencia, previa al reanudar de los salmos, se arrastró por los torbellinos de los tambores y clarinadas rondando por patios de blanco socaire y pal-

meras, por las palmeras de las plazas que confluían al Callejón de los Recuerdos y, desde allí, abrían la vista hacia la puerta de la Plaza Fuerte, y, trasponiendo sus rastrillos, hasta *Brazo Iguana*, y luego hasta el foso del Caimán Verde encajonado por el fuerte de Santiago... las velas arremangadas en los salitrosos palos de las goletas que llegaban solo al leprocomio, —brea, las adherencias a sus maderámenes de algas y emulsionados rastros— el rastro del benjuí y la catinga, el hervor expelido por las bodegas negreras, el verde enjabonado con que mueren las olas tras su último cabezazo a las chalupas, ¡*Dahomey!*, *saranga-musinga*, revolotear de tantanes y gritos que volvió a las escalinatas de la Catedral cuando la ceremonia escaseaba sus pompas con el retiro del Tribunal y la marcha del Cabildo, sus cabezas sumisas bajo la sombra de la Cruz de Plata. Hasta allí pudo la solemnidad contra la lluvia. Siguió una balumba de sillas de mano y sombrillas, espejitos de Venecia y collares de tagua, candongas-amuletos, abanicos, rastros del rondón de los trajes de vellorí que huían del cerrado chasqueo del aguacero que el Padre Sariesta deseaba contener, o, quizá, precipitar hacia el mismo Diluvio Universal, Día del gran Juicio Final, el del acogote a los negros impíos en los cepos y el de la libertad de los caimanes (que nunca fueron sagrados) para que su voracidad se aplaque con una batata o en las piernas de los cimarrones, el día del azote de las liañas contra las aguas arremolinadas del río que se sorberá a los bogas, y del canto inacabable de los grillos y de la presunción de las guacamayas, verde enceguecedor, escamado, verde el olor y el sabor, las aguas y los matorrales consumidos por los azufres del Demonio en su última batalla contra la fe, *Simón, Simón, Simón...* el día en que los loros enmudecerán el habla que les dio Lucifer.

—¡Basta!, gritó la Superiora.

Valeria respiró profundo con la seguridad de que Sor Inmaculada volvería a mirarla.

Tras un *ay* apenas perceptible, Niña Rosalía logró frenar el balanceo de su hamaca.

—¿Cuál de las dos tiene el niño, preguntó.

—No se. Tampoco Valeria Trinidad.

Su estupor la melló con angustia por implorarle a Dios un destello de meditación en aquellos momentos en el fondo del calor al que estaba endureciendo el aliviado refresco de la medianoche. El viento corría apenas extendiendo los rizos que le trazaba al mar quieto, hasta aquí, hasta estas paredes cuyo blanco encalado mancharon las excrecencias que la inundación pusiera a flote, dejándole a las tres mujeres los despojos de sus soledades. Ni la luz porque los candelabros debieron ahogarse con un *glup* que no dio lugar a dudas. Sus estirados cuellos de plata los hundía. Ni el desahogo de las palmeras al viento porque, una tras otra, fueron curvándose tragadas sus flexibilidades por las muertes de raíces a las que marchitó el salitre. Ya ni siquiera las ratas. Ni la voz que llegó a contar aquel desarticulado *ochocientos-se...tiocho*, ni siquiera el bastoneo desorientado del alguacil, ni el ronquido de las aguas y el sorberse continuado de *glups*, con el ahogo de los candelabros y el flotar destrozado de los ripios, ni

Jusuf-Jusulú, sus menjurges y encantos, ñame y polvorillos de tagua, *Dahomey-zaranga-musinga*, y el silencio que paralizó los tantanes, —el cuero flácido, los tambores abandonados, las cometas derrumbadas en los rincones— ni los deseos de que la flota enemiga fondeara frente a Fuerte Santiago y sus lisos muros fueran prendidos por los garfios para que desembarcaran las marinerías, y estas lucharan contra las ratas, todos esos herejes-barbas rojas encandiladas por Satán. Sor Inmaculada se sorprendía abandonada.

Valeria Trinidad se incorporó y fue en su busca.

—¿Por qué comienzas a llorar?, le dijo con un canturreo desanimado que parecía la simple repetición en palabras de lo que la Superiora sabía que le había preguntado desde sus órbitas en blanco. Deseó sacudirse esa seguridad y se sorprendió respondiéndole:

—Quizá porque hoy debe corresponder a lo que era el primer viernes.

—¿Cuál de las dos tiene el niño?, insistió Niña Rosalía.

Afuera, amortiguando el eco renaciente del galope y la marcha, las calles repetían los silencios de soledades estupefactas. Cada sombra quebraba sus sinuosidades fantasmales por ventanas abarrotadas y cimientos pétreos que sobresalían de los sardineles para empinarse como sostenes de paredes que distanciaban baldosas y techos, entre espacios para las altas puertas de enrejados en madera que pronto darían paso a un fresco mitigante. Ahora las tres se habían recogido en lo que fue el zaguán y Valeria Trinidad ayudaba a la Superiora a improvisar una cuna. Ambas rompieron lo que quedó de un dosel y con sus trizas acolchonaban una banca de madera, con una premura que intentaba eludir las preguntas de Niña Rosalía.

La Superiora sabía que comenzaba a comprender algo más y acicateada por las curiosidades hacia esta revelación habría deseado cruzar una mirada con Valeria Trinidad quien se enconchaba en el ensimismado chupar de su calilla, después de improvisar la cuna. El nuevo día era llegado con el repique de campanas que, por fin, reanudaban su llamado a la misa del amanecer, y, con esto, la claridad colmó de relencias los cantos de los gallos y los primeros pasos apresurados que buscaban a donde ir entre tanta casa aún tras puertas atrancadas. Cuando alguien llegó a la cocina y ratificó la entrada de la mañana con un sorpresivo hervir de manteca en los calderos, Niña Rosalía hizo *shito* con un despacioso siseo que se confundió al chirrido que comenzaba a expandir un ambiente de apetito. En seguida preguntó con solemne credulidad:

—Valeria, ¿también será cierto lo que está pensando?

—Sí.

—¿No le queda la menor duda?

—Ninguna. También resultará así.

—¿Exactamente así?

—También será así. Mírelo bien: ya es tu desgracia, señora chiquita.

—¿Pero será también su desgracia?

—No. No lo será.

Niña Rosalía tornó a un silencio con que aceptó que Valeria Trinidad le acariciara los cabellos que buscaban sus formas de largas trenzas.

—El galope se acerca, advirtió Valeria Trinidad.

Niña Rosalía se conformó con un suspiro que le cortó sus sollozos.

—Sí. Viene hacia acá, admitió entonces.

La inundación había barrido de las paredes blancas hasta las vetas cuadradas que mancharon los sitios para el retablo del santoral. Incrustado en lo alto del rincón, un nicho vacío agregaba a su desolación la pérdida de la imagen de San Isidro Labrador. Soledad y sed encandilaban desde ese vacío, como si el arrastre, —y el posterior ahogamiento de la estatuilla con un corto *glup*— armaran la victoria de las aguas que manaron de las cortezas de las piedras en medio de esta sequía tostada por un sol de rebenque. Allí articulaban las indigencias de San Francisco opacadas por su marco de incrustaciones en carey y allá imploraban las Animas Benditas, sus gestos penitentes orlando con violáceos subidos a los cuerpos dorados por las llamas, destellos reluctantes avivados por la plata labrada de ese otro marco. En adelante no podría recordar cuántos fueron aquellos cuadros, ni cuáles las imágenes que aventaron los rumbos imprecisos de las aguas mientras estas esparcían su hedor, para taponar, quizá, las murallas que encajonaban uno cualquiera de los fosos. Sentada en el suelo al lado de Valeria, tal confrontación de las desnudas paredes en un blanco demasiado mezclado al sucio, la anonadaba, vaciándole todo su tiempo futuro de propósitos. Las caricias de Valeria a sus cabellos las aproximó tanto que le sentía el aliento rozándole las mejillas con un ritmo que reproducía el designio, *será tu desgracia*, ya sin lograr sorprenderle un gesto porque se empeñaba en volver la cara con esa resignada parsimonia con que los ciegos parecen reclamar que tenían la razón. Pero, ¿cómo ver hacia el porvenir, su porvenir pleno de este recién iniciado tiempo sin propósitos? En un instintivo reflejo de defensa preguntó nuevamente *¿cuál de las dos tiene el niño?*... pero en el aliento de Valeria adivinó un cambio de ritmo que canturreó *Simón-Simón-Simón*, y, separándole bruscamente los cabellos de sus manos, se incorporó y lo ratificó: *No. Será estigma*. Sor Inmaculada la miró con fijeza inquisitiva.

Tampoco en adelante el silencio le garantizaría su secreto. ¿Para qué, pues, agregar la confidencia al estigma? Miró a Valeria Trinidad quien insistió en eludirla, avanzó la Superiora hacia ella, *Roche*, (le dijo blandamente), *mi pequeña niña*, cuando Valeria Trinidad reanudaba su estribillo susurrado: *Simón...* Sor Inmaculada recordó a Valeria Trinidad la niña ciega que recogía nísperos y, en ese mismo patio de aquí al fondo, —con una gran tinaja soldada por la hierba al suelo empedrado— a la Valeria moza amamantando a Niña Rosalía, tantos años fulgurantemente enhebrados por muchos pecados y otros al infinito, alimentando el vasto alborozo de los mentideros de esta Plaza Fuerte, hasta ese día sin nombre

en que las aguas comenzaron a anegarlo todo. Justamente el galope ganaba en sonoridad porque las piedras de la calle convertían los rezumos en yunque, imposibilitando desconocer su llegada. *No has debido llamarlo*, reprochó Niña Rosalía y Valeria Trinidad pronunció otro *Simón*, forzando a la Superiora a fruncir su gesto: *Valeria no ha llamado a nadie*.

—Ahora mismo está invocándolo, recalcó Niña Rosalía aunque su reproche se le diluía en un tono amistoso.

La Superiora se santiguó y la conminó: *No debes creer en brujerías. Pero, ¿también resultará cierto lo que ahora piensa?*, insistió Niña Rosalía a Valeria y, ante su silencio, no pudo contenerse y le gritó a la Superiora: *¡Es cierto!*

Por toda respuesta Sor Inmaculada susurró un casi inaudible: *tienes que confesarte y comenzó una oración interrumpida por varios ahora has quedado viuda... puedes repararlo casándote con él*. Al apagarse el ritmo de su rezo repetido llegó al inconfundible quebrantamiento con que, probablemente, se invistió una cualquiera de aquellas imágenes al ser destronadas de las paredes por la inundación. Afuera el galope frenó y las tres temieron que, de inmediato, retumbaran sus puños contra el portón.